



Rudyard Kipling  
en 1925  
paseando por la  
ciudad de  
Londres.  
CORBIS

estimula a los vagos a vivir sin trabajar»... De su viaje a Egipto y Sudán trajo la certeza de que «sin nosotros los nativos no habrán salido del robo y la barbarie». Este era sobre todo Rudyard Kipling.

A la vez, rechazó el título de poeta laureado, la Orden al Mérito y el título de Sir. No le agradaba la pompa y circunstancia de los reconocimientos gubernamentales. Pero sí aceptó el Nobel de Literatura en 1907. Era el primer británico en recibir el galardón. Y aún sigue siendo el más joven de los premiados: le llegó con 42 años «en consideración a su poder de observación, originalidad, imaginación, ideas viriles y un extraordinario talento para la narración». Por entonces se premiaban hasta las «ideas viriles». Aunque faltaba algo de lo mejor. De lo mejor de su escritura. En 1911 publicó el libro de poemas *Hadas y recompensas*, donde apareció por vez primera su poema más universal, *Si...*

Rudyard Kipling había vivido ya el zarpazo de ver morir a su hija de cinco años en 1899. Pero aún le faltaba un último golpe de hoz. Era un escritor aclamado. Leído. Reconocido. Un *best seller* de antes de los *best sellers*. Se instaló en Inglaterra. De su larga biografía quedan fijados muchos momentos literarios, pero él sólo recordará irremediablemente un instante vital. En 1914 tiene 50 años. La Primera Guerra Mundial viene dando gritos. Su hijo es rechazado como voluntario por miope y el

#### DESCONFIÓ DE LA POLÍTICA Y DE LA DEMOCRACIA AFIANZANDO AÚN MÁS SU CONTRO- VERTIDA BIOGRAFÍA

padre logró que fuese al frente. Lo destinaron al norte de Francia, donde tuvo lugar la batalla de Loos entre el 25 de septiembre y el 14 de octubre de 2015. En 20 días murieron 50.000 soldados. Entre ellos el teniente John Kipling.

El escritor no superó aquello. La salud se le fue quebrando a la misma velocidad que se le gangrenaba el ánimo. Escribió otro libro más *Epitafios de guerra*: «Mataron a mi hijo/ mientras se reía de alguna broma./ Me hubiera gustado oírlo pues pudiera serme útil para cuando falten las bromas». Vaticinó una Segunda Guerra Mundial. Y acertó. Continuó viajando. Siguió escribiendo. La úlcera que le perseguía desde los 40 años le hizo el último servicio: lo dejó seco en la madrugada del 17 al 18 de enero de 1936. A sus cenizas le hicieron hueco en el Rincón de los Poetas de la abadía de Westminster, junto a Dickens y a Thomas Hardy. Alimentó a cineastas como John Huston y Victor Fleming. Y Sinatra cantó uno de sus poemas. Eso es la gloria, exactamente.